

La ciencia mexicana y el Premio Nobel

Miguel Pérez de la Mora

El pasado 10 de diciembre, el rey Karl Gustav, de Suecia, entregó los Premios Nobel de literatura, economía, física, química, y fisiología o medicina. El presidente del Comité Nobel Noruego presentó a su vez en Oslo, en presencia del rey y de la reina de Noruega, el Premio Nobel de la Paz. Tales reconocimientos se entregan, con excepción del Premio Nobel de economía, de reciente creación, por mandato del sueco Alfred Nobel, inventor de la dinamita, a individuos notables por su labor en cada uno de dichos campos.

La selección de los premiados, aunque no exenta de algún tipo de prejuicio, toma en cuenta —con excepción de algún descubrimiento aislado pero fundamental, como el de la estructura de la molécula de ADN por James Watson y Francis Crick— la labor de un investigador o de un grupo de investigadores dentro de su campo y la repercusión que aquélla tiene en el conocimiento científico. Los galardonados han sido siempre, en todo caso, individuos con una labor científica intachable.

Cada año que la lista de los premiados nos es conocida surge inevitablemente la pregunta: ¿cuándo uno de tales premios le será otorgado a un trabajo concebido por un mexicano y realizado mayoritariamente en nuestro país? El panorama, por lo menos en lo que toca al Premio Nobel de fisiología o medicina, es por desgracia desolador y así continuará siendo en tanto que las condiciones y la filosofía con las que se realiza el trabajo científico en México no se modifiquen. Es claro que las ideas que revolucionan a la ciencia no surgen como una dádiva graciosa de Aladino y su lámpara maravillosa; por el contrario, surgen del seno de un ambiente académico en el que se

propicia la discusión científica de alto nivel. La materialización de tales ideas requiere, en las condiciones actuales de la ciencia, el trueque de la teoría del “lobo solitario” totipotencial que en su laboratorio pretende obtener descubrimientos que rebasan su capacidad y su presupuesto, a cambio del trabajo multidisciplinario realizado con el concurso de diversos grupos nacionales y extranjeros. Dichas condiciones reclaman más camaradería y menos “canibalismo” en el ámbito científico nacional y, por supuesto, el abandono de nuestra infantil pero funesta pretensión de considerar que la buena “ciencia mexicana” es sólo la que hacen nuestros científicos en México.

Pero si a los científicos de nuestro país les atañe mucho de lo anterior, la responsabilidad de los políticos mexicanos no es de ninguna manera menor, pues a ellos les toca generar condiciones políticas, económicas, administrativas y arancelarias que propicien y hagan realidad el trabajo de nuestros científicos en sus laboratorios y la promoción y discusión de sus logros en los mejores foros y medios académicos del mundo. De manera que mientras no surja en la mentalidad de nuestras más altas autoridades y de nuestros representantes populares la convicción de que la ciencia sirve para algo y de que no es posible como país seguir siendo un simple espectador de lo que pasa en el mundo en materia de ciencia, la ciencia mexicana seguirá inmersa en su provincialismo crónico y en su impotencia para tener acceso a la “gran ciencia” en cuyo seno se resuelven los grandes problemas universales. La perspectiva de obtener algún día alguno de los premios Nobel de ciencias se perderá en consecuencia en el terreno de la ficción y de los buenos deseos.